

Milton Rossel

## Valoración de Galdós



**T**UBRAYAR la fecha centenaria del nacimiento de Benito Pérez Galdós significa valorarlo en la perspectiva que da la distancia del tiempo. Los juicios que acerca de su ingente labor literaria se formulen estarán atemperados por una apreciación desapasionada; ni la exaltación admirativa ni el regateo mezquino alterarán la dimensión de su personalidad. El tiempo criba implacablemente toda obra humana y sólo eterniza aquella que lleva en sí un estremecimiento trascendente de placer o de dolor y en que aparece el hombre protagonizando el drama de la vida, venciendo o siendo vencida por ella.

Virtud del artista es prolongar lo efímero, animar lo inerte, superar la naturaleza, transmutar en arte hasta lo deleznable, que bajo su genio creador todo se purifica y ennoblece. Humaniza la piedra, da alma a las palabras y combinando los colores y las líneas, reproduce la naturaleza re-creándola. En la hecatombe de los pueblos, lo único que sobrevive es la obra del artista, porque ella está animada de una especie de

soplo divino que la hace imperecedera. Son los hitos incommovibles que demarcan el devenir de la civilización. La obra de arte es como la síntesis del alma de un pueblo; y para apreciarla justamente y con amplitud, no hay que sacar al autor del medio y de las circunstancias bajo cuya influencia, determinante en muchos casos, concibió y ejecutó su obra.

Por eso para juzgar a Galdós no hay que liberarlo de la época en que vivió, atento a la realidad que transmutó en novelas o dramas, y sólo así podemos enfocarlo desde nuestro ángulo para tener de él una exacta valoración.

Aparece Galdós en plena irrupción del realismo como orientación literaria. Son Balzac, Flaubert, Dickens quienes refrendan con sus novelas geniales esta tendencia que surge como una reacción contra las exageraciones románticas. Pero ninguno de estos escritores, ni el propio Zola que lleva el realismo a su expresión máxima, escapan a la influencia del romanticismo que tan poderosamente se apodera de los espíritus en la primera mitad del siglo pasado. Galdós también pagó su tributo romántico en una de sus novelas más popularizadas y que si bien tiene aciertos, no es de los más representativos de su arte: *Mariana*.

El realismo fué en literatura un reflejo del positivismo científico que tanto auge alcanza en el siglo XIX. Taine, Comte, Bernard, Darwin, Marx, etc., determinan con sus teorías y experiencias una transformación radical en los espíritus cultos de su tiempo. To-

dos los fenómenos del ser y del cosmos tratan de ser explicados científicamente, y aquello que no cae bajo su imperio es metafísica, como quien dice algo despreciable. Desgraciadamente, la ciencia no nos ha podido explicar aspectos esenciales de la vida humana y no nos ha traído tampoco la felicidad que prometía. De ahí que nuevas teorías filosóficas han venido a superar el positivismo del siglo pasado. Las invenciones y descubrimientos científicos contribuyeron a prestigiar el racionalismo y el método experimental. Y este prestigio del saber científico influye en literatura, y ella ha de amoldarse al pensamiento imperante.

Ya el escritor realista no expresará sus vivencias, como lo hacía el romántico, subjetivamente. La observación atenta y minuciosa del mundo que lo rodea será su mayor preocupación; ahondará en el alma de las cosas con criterio experimental; buceará en los problemas económicos y sentimentales que inquietan a la burguesía, que es la clase social de mayor consistencia en el siglo XIX, y cuyos derechos, emanados de la Revolución francesa, proclama y exige. Aun el proletariado no se organiza; muy lejos estaba la Revolución rusa que refrendaría sangrientamente sus derechos. Pero entre los escritores de ese tiempo hubo uno—Zola—que llegó hasta el pueblo y pintó el drama de su vida aplanada por las injusticias, en novelas de intenso patetismo. Como siempre, el artista se adelantó a lo que después habían de proclamar políticos y conductores de pueblos.

El escritor realista presenta a los personajes novelescos en su integridad humana, fielmente. Recordemos que el realismo coincide con la invención del daguerrotipo. La vida amorosa para el realista no es sólo el juego de los sentimientos y pasiones, sino también su realización sexual, que pinta detalladamente, con morosidad deleitosa; pero no con afán morboso como le imputan los detractores empedernidos de esta tendencia. Zola, Flaubert se detienen en los aspectos sexuales de sus personajes, porque estos escritores, principalmente el primero, saben por intuición—antena de que se sirve el artista para captar el mundo sensible y suprasensible—lo que después la psicoanálisis habría de sistematizar: que la libido condiciona los actos del individuo. El realista, al estudiar al hombre, no lo aísla, no lo considera como una entelequia; rastrea en sus antepasados para justificar mediante la ley de la herencia sus actos mórbidos; lo ve en función de la familia y de la colectividad. De ahí novelas de familias enteras: los Rougon-Macquart de Zola y los Miquis y los Fúcar en varias de las novelas de Galdós.

Como al escritor realista le interesa de preferencia la vida y la sociedad humana en sus aspectos más variados, no se preocupa mayormente del estilo, de pulir la frase, de seleccionar las palabras, de la eurytmia de la expresión, salvo Flaubert que se preocupó tanto de la forma perfecta como del aspecto humano, por eso su arte novelesco alcanzó la plenitud. Galdós subordinó la forma a la pintura de ambientes e individuos; no se

dió en él la ecuación entre la forma y fondo en su realización plena.

Al referirnos a Galdós no sería justo considerarlo encasillado dentro de las características específicas del realismo, si bien coincide con muchas de ellas y reconoce la influencia que en su juventud ejercieron Balzac y los novelistas ingleses; pero su realismo es de auténtica raigambre ibérica, pues en sus novelas encontramos ese populismo que deriva del poema del Cid, del Romancero, del Libro del Buen Amor y que alcanza su expresión más perfecta en la novela picaresca, en Cervantes y en el teatro de Lope y Tirso. El realismo de Galdós está nutrido de savia hispánica, y su genio creador rebasa modas transitorias y normas rígidas. Como Cervantes, expresó el alma de su tiempo con ingredientes que si bien eran efímeros, aun vulgares, están animados de un hálito de eternidad.

Nació Galdós en las islas Canarias (Las Palmas) el 10 de mayo de 1843. (1) Allí aprendió las primeras letras en un colegio inglés, circunstancia que, según algunos de sus biógrafos, habría de influir en su temperamento. Pronto reveló Galdós una tendencia artística, que se manifestó primero en el dibujo y la música y luego se inclinaría definitivamente por la literatura. A los 19 años sus padres lo enviaron a Madrid a estudiar Derecho, carrera por la cual no sentía vocación y

---

(1) En algunas biografías se dice que nació en 1845; pero de acuerdo con su fe de bautismo, no hay ya dudas de que su nacimiento fué en 1843.

que pronto abandonó, seducido por los encantos madrileños. Alcjado de su tierra natal, en ninguna obra suya encontramos alusión o reminiscencias de ella. César Arconada dice que Galdós se «hace profunda y castizamente madrileño». Allí encuentra todo lo que es típico del pueblo español, se sumerge en ella y se identifica con su alma. Galdós se hace el novelista madrileño y ninguno como él ha dado una pintura más vívida de sus seres y de sus cosas. Le toca presenciar hechos trágicos de la vida política de su patria, cuando más impopular era Isabel II. El 10 de abril de 1865 presenció Galdós los sucesos de la noche de San Daniel y el 22 de junio de 1866, la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil. Estos hechos se grabaron indeleblemente en su imaginación. Vió a la Guardia Civil acuchillar a las masas y presenció el paso de los sargentos de San Gil camino del patíbulo. «Estos sucesos—recordaba Galdós—dejaron en mi alma vivísimo recuerdo y han influido considerablemente en mi temperamento literario».

Radicado en Madrid, Galdós se entrega por entero a su labor literaria. Escribe de cuando en cuando para los periódicos. Se asoma a la política y es elegido diputado a Cortes por Puerto Rico. Su labor como diputado, confiesa él mismo, fué nula, se limitaba a decir sí y no. Sólo pronunció un discurso en contestación al discurso de la Corona. Hizo varios viajes por Europa, recorrió Holanda, Alemania, Italia, Suecia, Bélgica, Suiza e Inglaterra. Había en Galdós una

gran pasión por los viajes. Conocía a España hasta en los rincones más ignorados, viajaba en coche y ferrocarril en tercera clase, para así conocer mejor el alma y el lenguaje del pueblo; pero fué Madrid lo que más se adentró en su alma y donde mejor observó la realidad española.

No obstante haber abandonado la diputación, nunca dejó Galdós de preocuparse de política, haciendo profesión de fe republicana; y sus ideas no eran de un republicanismo inofensivo. Tenía una gran fe en el socialismo, llegando a exclamar en una ocasión: «¡El socialismo! Por ahí es por donde llega la aurora!». Llevó Galdós una vida retirada, silenciosa, entregada por entero a su labor literaria. De cuando en cuando solía ir a Santander, donde poseía una residencia veraniega. Allí platicaba con su amigo de toda la vida: José María de Pereda, con quien le ligaba una íntima amistad a pesar de las diferencias ideológicas que los separaba. Era Galdós retraído, parco en palabras, poco comunicativo. Nada denotaba en él el español verboso y de palabra fluente. Su misma cortedad de vista, que llegó hasta perderla definitivamente, determinó acaso la naturaleza introversa de su carácter. Soltero, cuidó que sus pasiones sentimentales no irrumpieran de la atmósfera recatada y digna en que siempre vivió. Murió en 1920, aureolado por un prestigio definitivo. Ya un año antes, en 1919, el escultor Victorio Macho había eternizado en piedra su efigie y colocada

en el Buen Retiro como un reconocimiento al que fué el novelista máximo de la España contemporánea.

Galdós fué un escritor fecundísimo. Su vida metódica y sin ninguna sollicitación de las halagadoras pompas mundanales, le permitió practicar el *nulla dies sine línea*; y la fecundidad creadora es índice de genialidad. Escribió un centenar de obras de variados temas novelescos, pero de un común sentimiento de simpatía por su tierra, su historia y sus hombres, y anudadas por idéntico anhelo de exaltar las virtudes de la raza, de proclamar los beneficios de la tolerancia, el progreso y la ciencia, de estigmatizar el error, el fanatismo y el clericalismo que enloda el sentimiento religioso en cuanto significa purificación del alma y anhelo de infinito. Sin haber logrado Galdós la creación de tipos trascendentales y de relieve que lleven una vida independiente de la atmósfera novelesca, son los numerosos personajes salidos de su pluma, mundos minúsculos de la realidad de su tiempo. Amplio fresco en que aparecen todos los aspectos de la sociedad española del siglo XIX. Historia palpitante de un pueblo que ha luchado y sufrido, y que vive bajo un signo trágico en una actitud agónica por realizar su destino. Conoce y vive Galdós la historia de España del siglo XIX, asiste a las luchas fratricidas, siente el drama silencioso de la pequeña burguesía. La patrona de casa de huéspedes, el empleado, el profesor, el tendero, el comisionista, la mujer que para vivir tiene que entregarse, el clérigo zafio y lascivo, el cochero, el mendi-

go, el iluminado, el fanático, el ingeniero que se cree poseedor de la verdad, todo un mundo de gente menuda y urgida por lo cotidiano, asoman sus inquietudes intrascendentes y doloridas en las páginas de Galdós. Son ellos los que constituyen la España eterna, con sus grandezas y miserias, con su historia llena de alternativas como su propio territorio disparejo e irregular. Así es España y no le exijamos otra medida para juzgarla que no sea la que derive de su propia naturaleza hecha de pasión y de heroísmo.

Inicia Galdós su labor literaria en 1870 con *Fontana de Oro* en que pinta las luchas de absolutistas y liberales del período fernandino, novela que se considera el punto de partida de los *Episodios Nacionales*, narraciones novelescas éstos por su forma, pero de rigurosa exactitud histórica en su contenido. A través de las páginas de *Fontana de Oro* se ve al joven liberal entusiasmado con la idea del progreso y la libertad. Constituyen los *Episodios Nacionales*, según lo expresa Salvador de Madariaga, «una verdadera historia psicológica y social del siglo XIX, vista, no desde la ventana del erudito, sino desde el arroyo, la tienda, el campo y, a veces, la copa de un árbol, la esquina callejera barrida por las balas de ambas facciones, la casa privada del político, el obscuro rincón del café donde se conspira, la huerta transformada en campo de batalla por una escaramuza entre liberales y carlistas». A pesar de que fueron escritos casi improvisadamente y con un gran sentido de exal-

tación popular, hay en estos Episodios páginas que jamás se olvidarán de la memoria del lector. En Trafalgar, El 19 de Marzo y el 2 de Mayo, Zaragoza, Bailén, Girona, Cádiz Los Apostólicos, Zumalacárregui, etc., encontramos descripciones donde el heroísmo español alcanza una entonación épica o amenas incidencias de conspiradores con quienes convivimos a través de estos relatos espontáneos y sencillos en su expresión y llenos de verdad y de un patriotismo contenido.

Conjuntamente con escribir este tipo de novelas históricas, publicaba sus novelas propiamente tales, que dividió en Novelas de la primera época y en Novelas españolas contemporáneas. En las primeras, plantea los conflictos que se suscitan en los hogares por la intolerancia religiosa y por la intervención del clérigo en lo íntimo de la conciencia. A pesar de su forma aparentemente fría, su ideario liberal surge de la acción misma y de la actitud de los personajes. Galdós no abandona nunca su objetividad, que algunos críticos califican de ausencia de lirismo. Lo cierto es que en él todo es profundo y sincero, y el aspaviento y la exageración son retórica y falsedad. «Si llora—dice Clarín—llora por dentro; si se entusiasma, su entusiasmo es contenido, prudente; si ríe, no da carcajadas». Había en su exterior algo de británico, pero su alma era de un hispanismo recio. De esta naturaleza es Doña Perfecta, cuya acción ubica en un pueblo supuesto—Orbajosa—de un gran atraso

social y dominado por la maldad e hipocresía de sus habitantes, acaso resumen y espejo, según un crítico, del carácter nacional. El confesor rige la vida entera de la ciudad. Como su contrafigura pinta Galdós al ingeniero Pepe Rey, «hombre de elevadas ideas y de inmenso amor a la ciencia, hallaba su más puro goce en la observación y estudio de los prodigios con que el genio del siglo sabe cooperar a la cultura y bienestar físico y perfeccionamiento moral del hombre». A través de este retrato vemos cuál fué el espíritu que tuvo Galdós al escribir esta novela y que es el predominante en la mayoría de sus libros. Como son otros los problemas que preocupan al hombre actual, los personajes de esta novela tienen algo de convencional, bien puede ella no ajustarse a la sensibilidad del lector de hoy en día. En *Gloria* plantea un interesante conflicto de razas y religiones, cuyo interés cobra vigencia con la reanudación, en algunos países, de las persecuciones raciales. En *La familia de León Roch* encontramos a un hombre de ciencia casado con una mujer muy devota a la cual domina el confesor, suscitando esto dramáticas desavenencias conyugales. En estas dos novelas Galdós abunda más en la psicología de sus personajes y son éstos de mayor relieve que los de *Doña Perfecta*; también los conflictos religiosos se plantean en un plano de mayor elevación filosófica. Hay en ellas personajes pintados con perfiles indelebles: *Gloria*, *Daniel Morton*, el judío, *María Egipciaca*, *León Roch*, etc.

En *Marianela* predomina el sentimentalismo con resabios románticos, pero muy interesante por la psicología del ciego Pablo Penáguila y de *Marianela*, alma de la más pura, que sólo sabe de la belleza del espíritu y de la naturaleza, antítesis de Pablo quien, al descorrerse las tinieblas que le ocultaban el mundo, sólo se entusiasma con las bellezas objetivas y tangibles. También encontramos en esta novela algunas bellas y gráficas descripciones de la naturaleza, lo que es poco frecuente en las novelas de Galdós, porque para él la naturaleza está subordinada a los hechos humanos y no es más que el fondo donde actúan los hombres. En tal sentido aparece la naturaleza en esta novela: en función de *Marianela*. No lo hace por incapacidad para apreciar la belleza física, pues nos ha dejado descripciones realmente hermosas, como la que hizo de Castilla en el prólogo del libro de José María de Salaverría *Vieja España*.

En las novelas españolas contemporáneas alcanza Galdós la plenitud en el arte de novelar: adentra sutilmente en los recovecos del alma, es tal la variedad de los conflictos y tan numeroso el registro de sus temas, que bien se diría que nada de lo humano escapa a su pluma y en ellas la vida palpita con una amplitud ecuménica. Así en *Lo prohibido*, *La desheredada*, *Torquemada* y *El amigo Manso*, y superior a todas éstas *Fortunata y Jacinta*, *Angel Guerra* y *Misericordia*. Admirable la primera por sus costumbrismo, crea-

ción de caracteres y simpatía por la mujer débil y caída; en la segunda encontramos una hermosa evocación de Toledo, donde pasa gran parte de la acción, y numerosos personajes de las más disímiles psicologías: místicos, locos, miserables, corrompidos, almas purificadas por el dolor, etc. Tanto en esta novela como en *Nazarín* y *Halma* figuran una caterva de seres de morbosa psicología, lo cual emparenta a Galdós con Dostoiewski, otro maestro en la psicoanálisis de los anormales. En *Misericordia* descende Galdós a las capas ínfimas de la sociedad madrileña y nos pinta el cuadro dolorido de esa mendicidad tan típicamente española que se organiza y que es respetada por la sociedad. Su espíritu evangélico y auténticamente cristiano —Galdós fué anticlerical y no antirreligioso— de simpatía y de redención de los pobres se sublimiza en las páginas de esta novela. Hay en ella escenas y personajes inolvidables, como el moro Almudena, Mordajai y señá Benina, la más noble creación de Galdós, que a pesar de su condición de criada, adopta una actitud filantrópica, resaltada por el espíritu sórdido de su patrona, doña Paca.

En el teatro alcanzó también grandes éxitos, y aunque sus dramas no compiten con sus novelas, hay varios de innegables merecimientos: *Electra*, *La loca de la casa*, *Realidad*, *Cassandra* y especialmente *El Abuelo*, por la grandiosidad de su concepción y por el relieve universal de su protagonis-

ta, el conde de Albrit, reencarnación española del Rey Lear.

La valoración de la obra de Galdós ha sufrido alternativas: glorificado en vida por el pueblo culto y lector y juzgado elogiosamente por la crítica, poco después de su muerte Antonio Espina y el propio Unamuno le regatearon méritos, llegando a considerarlo como una enorme medianía; de nuevo su popularidad surgió purificada cuando los republicanos difundieron su lectura entre el pueblo revolucionario para presentarlo como el escritor de más honda raíz popular. Todavía no se ha hecho, por una alta autoridad crítica, la revisión total de la obra galdosiana. Sin ánimo de formular juicios categóricos, creemos que algunas de sus páginas han envejecido, que más de una nota de su sensibilidad no vibra con la nuestra, que muchos de los problemas humanos y sociales que se plantean en sus obras y que apasionaban a los lectores de ese tiempo, a nosotros no nos interesan y aun nos dejan impávidos, y que su estilo llano y diáfano, sin metáforas e imagen fulgurantes, no agrada a los cultores del arte deshumanizado de hoy en día. Pero tales reparos no aminoran en nada el valor intrínseco de sus obras, porque están estremecidas de humanidad y llenas de ese espíritu del pueblo que en medio de sus derrotas no pierde la fe en un destino superior. Pinta Galdós las costumbres de la época, los conflictos que inquietaban a los hombres, los grandes y pequeños, que su visión del

mundo fué amplia y generosa, y dió vida impercedera a numerosos personajes representativos de la sociedad sin relieve del siglo XIX y, según Madariaga, «tan universales como los de Cervantes, porque sus existencias están tejidas con los hilos eternos del amor, del destino y de la muerte».